
cias teóricas que se puedan utilizar para objetos, situaciones y momentos completamente distintos. A esto me refería cuando hablaba de una densidad intelectual de un libro de historia. La distinción que establecería entre los libros de historia, que pueden ser excelentes en su categoría, es una distinción entre los que proponen algo más que el análisis del objeto que han tomado como su objeto de investigación y los que no lo hacen. Es importante realizar el análisis del objeto que se ha definido como objeto de trabajo, pero si se pueden añadir otros elementos, una explicitación del cuadro conceptual, hay un “don” para el lector que es más importante porque no le ofrece sólo la descripción de una materia sino herramientas para describir otras realidades.

Los mitos fundadores de la nación

Juan Goytisolo

Tomado de *El País*, sábado 14 de septiembre de 1996.

Sabemos desde el siglo XVIII, gracias a la Ilustración y al empeño posterior de los historiadores críticos, que todas las historias nacionales y credos patrióticos se fundan en mitos: el prurito de magnificar lo pasado, establecer continuidades “a prueba de milenios”, forjarse genealogías fantásticas que se remontan a Roma, a Grecia o a la Biblia, obedece sin duda a una ley natural de orgullo y autoestima, pues los hallamos en mayor o menor grado en el conjunto abigarrado de estados y naciones que integran el continente europeo. No tengo nada contra los mitos y su fecunda prolongación artística y poética, a condición, claro está, de no olvidar su carácter ficticio, elaboración gradual e índole proteica, ya que estos mitos, manejados sin escrúpulo como un arma ofensiva para proscribir la razón y falsificar la historia, pueden favorecer y cohesionar la afirmación de “hechos diferenciales” insalvables, identidades “de calidad” agresivas y, a la postre, glorificaciones irracionales de lo propio y denigraciones sistemáticas de lo ajeno.

“El impulso revolucionario de los mitos”, escribió Juan Aparicio, el inamovible director general de prensa durante los años más duros del franquismo, “dispara a las multitudes hacia querencias de un potencial terrible... El mito, cual una idea platónica, pertenece al dominio de Dios, quien lo ha cedido para su uso y devoción por los naturales de un país. El mito es, por lo tanto, de *esencia nacional*”. No andaba errado el censor emérito: el recurso a los mitos fundacionales (Covadonga, Santiago, la Reconquista) por la Falange e intelectuales adictos al Glorioso Movimiento sirvió de base a la “Cruzada de salvación” de Franco y a los horrores de la guerra civil y de su inmediata

posguerra. Aunque flácidos e inservibles como globos pinchados en la España de hoy, estos mitos resurgen y lozanean, como gatos de siete vidas, en diversos estados y pueblos europeos que creíamos vacunados para siempre tras la derrota del fascismo. Las referencias mesiánicas de Le Pen a Clovis, Poitiers y Carlos Martel —cuyo potencial explosivo es amortiguado, por fortuna, por dos siglos de tradición laica y republicana— son paralelas a las burdas manipulaciones de la historia serbia y también croata, que condujeron en fecha reciente a la infame “purificación étnica” y al genocidio de 200,000 musulmanes. Ahora, este impulso mítico dispara a las multitudes rusas, víctimas desnortadas del desplome súbito de la URSS, a la busca de “esencias puras” y de su “alma vendida”, esto es, con fórmulas acuñadas por la Falange y el Fascio. El cotejo de los textos escritos por los bardos e ideólogos de Mussolini y José Antonio Primo de Rivera con los de los inspiradores de Le Pen, Milosevic, Karadzic o Zhirinovski, y el del lenguaje troquelado por el nacional-catolicismo español de la primera mitad de siglo con el de las iglesias ortodoxas rusa, serbia o griega, resulta a este respecto tan concluyente como sobrecogedor. Como dice el lúcido e incisivo ensayista serbio Iván Colovic, refiriéndose al discurso oficial del nacionalismo étnico, el escenario iconográfico político “evoca y recrea un conjunto de personajes, sucesos y lugares míticos con miras a crear un espacio-tiempo, igualmente mítico, en el que los ascendientes y los contemporáneos, los muertos y los vivos, dirigidos por los jefes y héroes, participen en un acontecimiento primordial y fundador: la muerte y resurrección de la patria”.

Como vamos a ver, esta leyenda de muerte y revivificación —escamoteadora de la realidad del Ándalus y de la Castilla de las tres castas— es el mito original de España.

1. La panoplia lepeniana cifrada en la triada de Clovis, Carlos Martel y Juana de Arco no es mero folclor ni decorado de carrozas verbeneras. En nombre de Occidente y sus héroes sin mácula, grupos fascistas y xenófobos, en la nebulosa del Frente Nacional, apalean y asesinan a inmigrados magrebíes cuyo único crimen estriba en su supuesta descendencia de los sarracenos aplastados por el titánico martillo de Carlos. El proyecto de una Francia pura, una Francia francesa, se edifica así —como el de la Serbia pura, la Serbia serbia— sobre un frágil castillo de leyendas y patrañas. Aunque, a diferencia de sus colegas españoles, los historiadores del país vecino no incurran en el dislate de llamar franceses a los galos ni considerarse compatriotas de Vercingétorix, y el milagroso bautizo de Clovis, reseñado el año 948 por Flodoard, no haya sido nunca tomado en serio por su fantástica convergencia de portentosos lances, el mito de Poitiers resistió con mayor éxito al escrutinio del investigador.

Si bien Feijoo prevenía a sus lectores contra la índole novelesca de la proeza del héroe franco, salvador, según las crónicas antiguas y aun modernas, de la civilización cristiana, el mito aguantó un largo asedio de críticos y eruditos antes de derrumbarse. Desde Pablo Diácono, para quien 375,000 sarracenos perecieron en la batalla, hasta la rimada *Crónica latina anónima* del año 854, pasando por los relatos de Teófilo y los monjes de Moissac, este acontecimiento trascendental se engalana de ostentosas inverosimilitudes y levita

Como dice [...] Iván Colovic, refiriéndose al discurso oficial del nacionalismo étnico, el escenario iconográfico político “evoca y recrea un conjunto de personajes, sucesos y lugares míticos con miras a crear un espacio-tiempo, igualmente mítico, en el que los ascendientes y los contemporáneos, los muertos y los vivos, dirigidos por los jefes y héroes, participen en un acontecimiento primordial y fundador: la muerte y resurrección de la patria”.



Las páginas en blanco de la historia, en razón de la falta de documentos fidedignos sobre lo acaecido en el siglo VIII, permiten a los interesados fabricantes de mitos ornar el pasado de su nación y de la religión verdadera con báculos, oropeles y mitras que resultan difíciles de desacralizar.

en un ámbito manifiestamente novelesco. La presencia del ejército árabe en el lugar es a todas luces tan fantástica como la extravagante identidad de Mahoma, atribuida a un tal Mahou, cardenal franco aspirante al Papado que, movido por el despecho de su fracaso, habría ido a predicar su nueva y nefanda doctrina a los nómadas salvajes de Arabia. La crítica posterior de Henri Pirenne, Lucien Musset y el análisis mitoclasta de Edward Said en su imprescindible *Orientalismo* desmontan el andamiaje tan laboriosamente armado.

¿Cómo podía haber llegado la veloz caballería árabe, como quien dice de un tirón, a Poitiers el año 732, sin la intendencia y abasto indispensables a la travesía de mares, desiertos y montañas, en medio de pueblos aguerridos y hostiles? ¿No se contradice tan mirífica hazaña con la precisión del monje de Monte Cassino que, en la segunda mitad del siglo VIII, relata la llegada de los presuntos sarracenos “con sus mujeres e hijos” a Aquitania, para instalarse en ella? Los jinetes céleres como el rayo, ¿llevaban consigo a su prole? Como veremos más adelante, las páginas en blanco de la historia, en razón de la falta de documentos fidedignos sobre lo acaecido en el siglo VIII, permiten a los interesados fabricantes de mitos ornar el pasado de su nación y de la *religión verdadera* con báculos, oropeles y mitras que —una vez cristalizada la leyenda y ratificada por los historiadores “patriotas”— resultan difíciles de desacralizar. No hubo batalla de Poitiers —a lo sumo escaramuzas en tierras vecinas— ni árabe alguno intervino en ella. El Islam llegó a la provincia Narbonense un siglo más tarde y no con su invicta caballería, sino por el “contagio” de la predicación y afinidades a las doctrinas “heréticas” profesadas de antiguo por quienes luego hablarían la *langue d’oc*.

2. Aterricemos ahora en predios más cercanos. La leyenda compostelana de Santiago Apóstol y su prolongación en el Nuevo Mundo —¿cuántas ciudades y lugares denominados Santiago o simplemente Matamoros existen desde la frontera norte de México hasta la cordillera andina?— constituye un magnífico ejemplo del “impulso revolucionario” del mito.

El traslado del sepulcro del apóstol, custodiado por los ángeles, de Palestina a Galicia el año 44 después de Cristo y su descubrimiento oportuno nueve siglos más tarde desafía desde luego toda explicación racional y creíble. ¿Qué motivo podía haber inducido a los discípulos de Santiago a transportar su cuerpo al fin del mundo entonces conocido, al mismísimo *finis terrae*? ¿Preveían ya la terrorífica invasión sarracena y el lucido papel que el apóstol iba a desempeñar en la cruzada emprendida contra ella? Y, más asombroso aún, ¿cómo fue localizado el sepulcro romano e identificado el cadáver que, a partir de entonces, saldría milagrosamente de él para auxiliar a los cristianos con el célebre tajo de su espada invicta?

Américo Castro, respondiendo a nuestros modernos historiadores mitólogos como Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez Albornoz, analiza luminosamente la fuerza y supervivencia del mito:

“Los confines entre lo real y lo imaginado se desvanecen”, escribe en *La realidad histórica de España*, “cuando lo imaginado se incorpora al proceso mismo de la existencia colectiva, pues ya dijo Shakespeare que ‘estamos hechos de la materia misma de nuestros sueños’. Cuando lo imaginado en uno de estos sueños es aceptado

como verdad por millones de gentes, entonces el sueño se hace vida, y la vida, sueño”.

La trasmutación pasmosa del pacífico pescador del lago Tiberiades en un jinete experto y aguerrido, cortacabezas insigne, respondía, como es obvio, a la necesidad de las iglesias, tanto hispana como carolingia, de oponer a la triunfante predicción del credo de Mahoma un Santi Yagüe de recia espada, hermano gemelo de Cristo e “hijo del trueno”, capaz de planear por los aires en albo y radiante corcel de acuerdo con la fábula dioscúrica de Pólux y Castor. Lo curioso es el retraso con el que la leyenda apareció. La vieja fábula del siglo IV de la estancia y predicación del apóstol en la Península sufre, en efecto, una modificación en la que conviene detenerse un instante: hasta mediados del siglo IX —una centuria después de la fecha en la que, según la historiografía tradicional, habrían arrasado “España” los feroces invasores árabes—, los himnos litúrgicos y romances populares impetraban la protección del apóstol contra “la peste y otros males”, sin mencionar dicha catástrofe ni la suerte trágica de los cristianos. Sólo después del descubrimiento del sepulcro —narrado a fines del siglo IX—, los devotos imploran su ayuda contra los sarracenos, cuya existencia, por lo visto, ignoraban antes.

En la centuria siguiente, Santi Yagüe será entronizado anti-Mahoma y su santuario compostelano se convertirá en la anti-Caaba. Dicha mutación confiere a la leyenda su carácter definitivo. Compostela pasa a ser el punto de convergencia de la cristiandad militante en oposición a La Meca, y la popular romería del Camino de Santiago, la réplica franca y galaico-leonesa al *hajj*. La Providencia concederá en adelante la victoria al jinete en “niveo e impetuoso” caballo no sólo sobre los moros de la Península, sino también, en un extraordinario vuelo transoceánico, sobre los aztecas, inclinando el fiel de la balanza, en plena batalla, en favor de Hernán Cortés y los suyos.

Señalaremos, de la mano de Castro, que “muchos católicos eminentes” como el padre Mariana pusieron en duda en el siglo XVII “la existencia del cuerpo del apóstol en el sepulcro de Galicia”. El también jesuita Pedro Pimentel sostuvo incluso, por tal razón, que debía confiarse la protección de España a santa Teresa, propuesta que suscitó la iracunda réplica de Quevedo.

Hoy, el apóstol sigue siendo el santo patrón de España, aunque su actividad bélica se haya extinguido. Como catalizador de energías, cumplió bravamente la función que le fue asignada. Como dice Américo Castro, “Santiago fue un credo afirmativo, bajo cuya protección se ganaban batallas que nada tenían de ilusorias. Su nombre se convirtió en grito nacional de guerra, opuesto al de los sarracenos”.

3. Los mitos fundadores de una nación tienen la piel dura: aun desahuciados por la crítica demoledora de sus falsificaciones sucesivas e interpolaciones flagrantes, siguen ofuscando a algunos historiadores contemporáneos y se perpetúan en los manuales de enseñanza por pereza y rutina, debido a la incomodidad y el esfuerzo que ocasionaría un nuevo y perturbador planteamiento de la realidad historiable. Cuando Sánchez Albornoz, en sus elucubraciones líricas sobre “la embrionaria España, mecida en la cuna de Covadonga”, daba su aval a las leyendas manipuladas por el franquismo

Los mitos fundadores de una nación tienen la piel dura: aun desahuciados por la crítica demoledora de sus falsificaciones sucesivas e interpolaciones flagrantes, siguen ofuscando a algunos historiadores contemporáneos y se perpetúan en los manuales de enseñanza por pereza y rutina, debido a la incomodidad y el esfuerzo que ocasionaría un nuevo y perturbador planteamiento de la realidad historiable.



El miedo a la Inquisición primero y la alergia "a la novedad de discurrir", tan difundida ayer y hoy en España, después institucionalizaron, en medio de la credulidad colectiva, el mito de Covadonga y don Pelayo.

y el sector más reaccionario de la Iglesia, ¿ignoraba la coincidencia de sus tesis con las sostenidas por la extrema derecha y el ultranacionalismo xenófobo? Cedamos la palabra al conocido historiador en uno de sus trémulos arrebatos proféticos: "Temo que otra gran tronada histórica pueda mañana poner en peligro la civilización occidental, como lo estuvo por obra del Islam en los siglos VII y VIII... La cultura europea fue salvada por don Pelayo en Covadonga... ¿Dónde se iniciará la nueva conquista que salve al cabo las esencias de la civilización nieta de aquella por la que, con el nombre de Dios en los labios, peleó el primer vencedor del Islam en Europa?" (*Orígenes de la nación española*, Oviedo, 1975). A juzgar por sus escritos, el espectro de otra invasión sarracena ahuyentaba el sueño y amargaba los días del distinguido arabista.

En un sustancioso y aguijador ensayo sobre el tema, "Covadonga, un mito nacionalista católico de origen griego" (*El Basilisco*, Oviedo, 1994), el historiador Guillermo García Pérez no se limita a señalar los desatinos y absurdos en los que incurre la fábula, sino que se remonta al origen de ésta y la esclarece con brillantez. Las *Crónicas asturianas* de Alfonso II el Casto y Alfonso III el Magno, muy posteriores a los hechos descritos, refieren en un lenguaje a la vez tosco y florido la aniquilación por don Pelayo de 127,000 invasores denominados primero "caldeos" y luego "sarracenos". La Virgen de la Cueva completa a continuación el inmisericorde exterminio al precipitar una avalancha de rocas o pedazo ingente de la montaña sobre los 60,000 fugitivos del desastre. La victoria del héroe y la subsiguiente intervención celeste son tanto más asombrosas cuanto, según otras crónicas, los invasores moros de Taric sumaban tan sólo siete mil y los de su jefe y rival Muza dieciocho. ¿Cómo podían haberse multiplicado en siete años de guerra, pillaje y devastación los culpables de la "destrucción de la España Sagrada" de 25,000 a 187,000, cifra a la que habría que añadir, para no desmentir la veracidad de los monjes y eclesiásticos francos, la de los 375,000 que perecerían 14 años después en Poitiers?

Por mucho que parezca increíble, la proliferación astronómica de los supuestos árabes no fue objeto de desmitificación cabal gracias a Lucien Barreau-Dihigo, sino en 1921. Ciertamente que, como nos recuerda Guillermo García Pérez, el abate Juan Francisco Masdú (1744-1817), sin poner en tela de juicio la realidad de la batalla, señaló la interpolación en las *Crónicas* de "circunstancias muy dudosas o claramente falsas". Pero el miedo a la Inquisición primero y la alergia "a la novedad de discurrir", tan difundida ayer y hoy en España, después institucionalizaron, en medio de la credulidad colectiva, el mito de Covadonga y don Pelayo hasta el incitante cotejo del mismo con el de Delfos (480 años antes de Cristo) por Guillermo García Pérez.

La comparación de las dos leyendas disipa cualquier duda: la asturiana es una copia de la griega, incluidos los pormenores de la matanza (de persas en un caso y de caldeos o sarracenos en el otro), la intervención milagrosa de Atenea y el desprendimiento mortífero de las rocas (en la leyenda original del monte Parnaso). Como dice acertadamente nuestro investigador, situando la aparición del mito en su contexto histórico —la dependencia o vasallaje del reino leo-



nés respecto a Carlomagno—, “la leyenda de Covadonga sería sólo una pieza más, un ingrediente estructural de la estrategia política desarrollada por el recién formado *Imperium Christi* (Carlomagno y el Papado, independizado de Constantinopla) para luchar contra el, entonces, preocupante dominio islámico del mundo mediterráneo”.

En su iluminadora exposición de las vicisitudes del mito, Guillermo García Pérez apunta con razón al uso *pro domo* del mismo en fechas más recientes. Cuando la imagen de la Virgen —trasladada por razones de seguridad en los años de la guerra civil a la embajada de la república en París— fue devuelta a España, la estatua, paseada con honores de Capitán General por Franco y la jerarquía eclesiástica hasta su cueva milagrosa, había sido transmutada en símbolo de la “España eterna”, salvada de nuevo providencialmente por la supuesta Cruzada. Medio siglo después, Juan Pablo II, en su peregrinaje al santuario en agosto de 1989, pronunció una homilía cuyo resumen por Guillermo García Pérez reproducimos para ilustración del lector: “Covadonga es la esencia de la España, [el lugar] en donde don Pelayo derrotó al Islam, el altar mayor y una de las primeras piedras de la Europa cristiana.”

¡Saludemos la habilidosa elevación de la superchería áulica de Carlomagno al rango de verdad pontificia y la transformación de la atávica diosa de Onga en *esencia nacional* y espada flamígera de la Cristiandad!

Mi pasado secreto. El archivo de la KGB

Elena Bonner

Este artículo apareció originalmente en *The New York Review of Books* (15 de junio de 1992). Antonina W. Bouis realizó la traducción del ruso al inglés a partir de la cual se elaboró la siguiente versión castellana. Elena Bonner fue esposa del escritor ruso Andrei Sajarov y recientemente apareció un libro en inglés con las memorias de su niñez, *Mothers and Daughters*. Traducción de Antonio Saborit.

En los primeros días de agosto de 1991, alguien que se presentó como Andrei Stanislavovich Pshezhedomski me llamó por teléfono diciendo que era el asistente del director Ivanenko de la KGB de la República Rusa. Su jefe, dijo, me quería conocer. La vieja costumbre disidente me hizo responder que yo no tomaba llamadas de la KGB y que si querían verme enviaran una orden oficial. Esta persona me dijo inmediatamente que lo había malinterpretado, que “ellos” me respetaban muchísimo y que sólo me querían ver. En esos días estaba en su infancia la KGB independiente de la República Federal